

## CAPÍTULO 10

### EL CAMINO DE LOS SUFRIMIENTOS.



Cuando Tomás despertó, muy cerca de su cabeza divisó la punta reluciente de un casco, en el sol de la mañana. Un rostro barbado miraba en su dirección, desde arriba, y movía la cabeza, con una amplia sonrisa para el durmiente. Tomás se frotó los ojos. De verdad, era un gendarme, un cabal y auténtico gendarme rural. En el interior de Mundete algo empezó a arder. El vértigo de la policía -Ágata había tenido tanto miedo de ello- lo atrapó. Delante de él, como de costumbre, vio de nuevo el puesto de guardia, donde el acicalado teniente de policía le había dado clases de decencia.

-Buenos días -el tipo de casco abrió la conversación. Mundete se movió hacia la esquina más lejana del carro. El gendarme lo cogió por el brazo-. Sí, sí, viejo amigo, cuando menos puede decirme los buenos días, aunque no le guste mi aspecto. Y aquí no hay nada de fugas; por lo menos, no hasta que yo haya tenido el gran honor de conocerlo con precisión. Así que vienen los papeles.

Tomás se quedó viendo con furia a su vecino. -¡Suélteme! -dijo-. No tiene usted ningún derecho de sujetarme.

-El derecho déjelo de lado y alégrese de que no lo procesen -el policía se acarició la tupida barba, contento con su chiste-. Seguramente, usted me quiere hacer notar con eso que olvidó la documentación en su casa. Ya me lo temía. Pero, quizá su nombre sí se lo trajo con usted, ¿no?, ¿o también se le escapó? -Le hizo un guiño al cochero, que estaba a punto de reventar de risa.

Tomás intentó liberar su brazo. -Mi nombre es Tomás Mundete. ¡Suélteme, le digo! Esto es un despojo de la libertad.

-Así se le llama, sí. Pero, por lo pronto, no se le han despojado para nada de su divina libertad. Por ahora, sólo voy a apuntar su nombre, aquí en el libro. ¿Se da cuenta? -sacó una libreta-. Ay, Guillermo-trapos -gritó-, sé tan amable y apoya un poco al señor, para que no se vaya a caer, por descuido, del carro. Parece que tuviera ganas de hacer eso.

Guillermo el trapero se carcajeó de gusto y brincó del carro, para hacer lo que se le había mandado. El gendarme chupó el lápiz y comenzó de nueva cuenta. -Así que ¿cómo dijo? ¿Tomás?

-Tomás Mundete -el interrogado se detuvo, pues se le ocurrió que la justicia terrenal bien poco podía saber sobre su transformación. Añadió titubeante: -Propiamente, me llamo Augusto Müller.

-Ajá, sí. Propiamente se llama usted así, pero impropiedades no. Mejor nos quedamos con un nombre. Si no, ya puedo ir consiguiéndome una nueva libreta para apuntar todos sus nombres verdaderos. Así pues, Tomás Mundete. ¿Y qué lugar debo anotar como su domicilio?

De pura rabia Tomás gimió. -Me llamo Augusto Müller. Le aconsejo poner correctamente mis declaraciones en el acta.

-Para levantar actas es bueno -bromeó Guillermo el trapero-, el señor es instruido.

El gendarme se colocó en postura. -Sabe usted, aquí no se vacila largo rato con personas que andan por ahí sin papeles. Mire, yo soy amable con usted, pero también puedo ser infernalmente grosero. ¡Grábese eso, señor Mundete o Müller, usted!

Tomás apretó los dientes. Pero el tormento apenas comenzaba para él. El policía se guardó la cartera y, de nuevo se dirigió a su hombre: -El señor aquí presente -señaló al de la bata, quien con esta honorable

designación le chasqueó con el látigo al caballo- me ha contado sobre sus opiniones con respecto a la propiedad ajena, y es mi deber, antes que nada, examinar sus bolsillos, a ver si en lugar de los papeles olvidados, no se metió alguna otra cosa, naturalmente por descuido. Si no tiene ganas de recibir, primero, la correspondiente paliza, este señor me ayudará, por supuesto, eso sí llegado el momento; sea usted, pues, tan amable de levantar los brazos, para que yo pueda inspeccionar las bolsas. Ojala no tenga cosquillas.

Tomás, que había visto el movimiento de aceptación del cochero y cómo agarraba con más fuerza y ya impaciente el látigo, se rindió ante lo inevitable y alzó las manos, eso le dio un instante de libertad. El pepenador no pudo seguir el rápido movimiento y soltó el brazo; pues toda su atención estaba puesta en si el policía sacaría a luz el reloj y en cómo podría apoderarse impunemente de esa alhaja.

Mientras tanto, el gendarme había sacado de una bolsa la piedra, que significaba el mundo y el ser, y sin más ni más la había aventado. Tomás siguió con los ojos su símbolo, en medio de una irritación estremecedora. Pero ahora que el hombre de la justicia extraía de la otra bolsa el devenir bajo la forma del sarmiento, Tomás perdió su quieta circunspección. Le pareció que se insultaba a sus más sagrados sentimientos y, entonces, con un grito de furia, le arrebató al gendarme el sarmiento, que éste estaba contemplando con un extraño fulgor en los ojos; luego, saltó del coche.

-¡Alto! -gritó el gendarme-, ¡deténganlo! Es un ladrón, un jefe de bandoleros. Es Carlos Viñedo. Por este holgazán ofrecen doscientos marcos de recompensa -en seguida, comenzó una persecución tras el desgraciado Tomás, como si se tratara de un “vivo o muerto”. Si no hubiera estado tan loco, habría podido escaparse. Pero, lástima, tuvo mayor valor para él su símbolo que su libertad. Al ir corriendo muy aprisa, se le cayó el devenir del mundo y, mientras se agachaba para recogerlo, el pernilargo traperero lo agarró, podía correr bastante rápido a pesar de su paso tieso, y luego tiró a Tomás al suelo. En un momento, Tomás fue maniatado como grave criminal. Lo arrastraron como si fuera un saco y lo lanzaron al coche.

Allí yacía el escogido, con los lazos rodeándolo en vano y descontento con su destino. En impotente rabia se revolvía, daba vueltas, a fin de encontrar una mejor posición para sus miembros adoloridos. Mientras tanto, escuchaba las palabras del policía, quien con mucho orgullo contaba la historia de Carlos Viñedo y cómo para el hábil ladrón no había cerradura imposible y, además, de cómo se había evadido de la prisión otra vez, hacía apenas unos días. -Pero esta vez lo tenemos bien agarrado. El tipo tiene una expresión malévola. Ves tú, Guillermo, ésta es la requisitoria con un retrato -el gendarme extrajo de nuevo su gruesa libreta de apuntes y desdobló una hoja del periódico. Con esta foto no lo hubiera reconocido. Pero las hojas de parra lo delataron. Esta clase de gente tiene mañas. A ése, que está allí, le gusta vivir en las casas vacías de los viñedos, de ahí el nombre. Yo no sospechaba nada. Sólo pensé que se trataba de un vago al que se deja salir corriendo con una advertencia paternal. Al ser esculcado, el infortunado tipo tenía que traer tal sarmiento en la bolsa del pantalón. En cuanto lo vi, de inmediato supe que era él y ningún otro.

Tomás suspiró. Le agradecía a su elevado símbolo, a su noble aspiración, ser arrastrado al matadero como cabeza de ganado. Se puso a pensar, con creciente amargura, en cómo le había ido con sus ideales. El ala del hecho se había convertido en limpia-pipas en las manos de un pepenador; la piedra del mundo estaba allí entre otras piedras en el camino y el dionisiaco sarmiento había hecho de él un criminal. En verdad, hubiera sido mejor para él quedarse tranquilo bajo la custodia de la hermana, que ser molido así en la carretera con los miembros triturados. Gimió de dolor y se juró a sí mismo que, apenas saliera libre de ésta, regresaría a casa en el primer tren. Entonces una palabra llegó a su oído y revivió de repente sus fuerzas.

-Una paliza se le tendría que dar -dijo el cochero-, una paliza que le hiciera oír a los ángeles chiflar en el cielo. Cuando un tipo como éste siente de verdad el látigo, entonces se queda quieto. Sí, yo le consigo unos cuantos golpes -chasqueó por diversión el látigo.

El policía se estaba riendo. -Eso no hace daño. Eso lo vuelve paciente y lo hace mejor. ¡Apréndete eso, Carlos Viñedo! El Señor castiga a los que ama; así está en la Biblia.

Tomás lo miraba fijamente, era de nuevo el alto poder que lo conducía. Hablaba con él a través de la boca del ladrón. El Señor castiga a los que ama. Ciertamente, él era el elegido, no había duda. En medio de su desaliento, oyó una palabra irónica, que le indicaba su camino hacia la altura. El sufrimiento, el gran purificador del alma, se le acercaba como un amigo, un demonio enviado por el destino, para llevarlo hacia lo alto y fortalecerlo para la lucha contra todas las bajezas. Bajo el influjo de este nuevo y maravilloso

reclamo, Tomás se avergonzó de su duda y se prometió, solemnemente, continuar por la senda de los horrores. No podía fallarle la victoria. ¿Qué significaban los símbolos? Aquí, ante él había hechos, aquí tomó él la cruz, con la que vencería, entre las manos.

Tomás miró, por casualidad, hacia la gran cabeza del guardia, cuyo casco brillaba al sol. ¿Dónde había tenido los ojos que antes no se había percatado de ese resplandor ultraterrestre? Era el mismo, su demonio, su ayudante y guía, disfrazado en forma adversa. ¡Qué singulares eran los caminos del destino! Con horror rechazó, entonces, el cobarde pensamiento de regresar a casa. Había tomado una decisión. Fiel al mandamiento del destino, quiso ser portador del oprobio del criminal. Le quedaba aún el futuro.

Completamente tranquilo cerró los ojos. Se sentía como si un refrescante bálsamo lo hubiera reconfortado, todos los dolores parecían idos y él aguardaba gozoso las nuevas pruebas.

Éstas no tardarían. Durante largo rato, la conversación de los dos vencedores se había disipado. Sin embargo, el de la bata azul traía de nueva cuenta la conversación sobre el prisionero. Que con su actitud tenía sus razones específicas, era fácil de adivinar en el peculiar guiño que precedió a sus palabras.

-Señor guardia, ¿no quiere usted darle una visitadita antes de que llegemos a la ciudad? A lo mejor todavía trae algo bonito en la bolsa.

El policía lo miró con desconfianza. -Tú no vas a sacar ninguna tajada -dijo-, todo se depositará en la comandancia. Pero tienes razón, debe ser registrado.

Se levantó torpemente y le dio vuelta a su prisionero, para vaciarle los bolsillos. El de la bata azul se quedó sentado quieto y viendo las orejas de su caballo. Cuando el gendarme regresó a su lado, lo miró interrogante. -¿Y?

-No trae nada en las bolsas, absolutamente nada. Ya me lo había imaginado.

El cochero carraspeó. -Eso yo lo anotaría, por supuesto, señor policía. No se encontró nada en posesión del detenido. Pues un tipo como éste luego va a afirmar que nosotros le robamos su reloj de oro.

El policía se acomodó. -Un gendarme real no roba, ¿lo oyes?, y haz el favor de dejar esos chistecitos durante el camino. Que aquí no estás con tus iguales.

En ese momento se oyó la voz de Mundete: -Tiene que haber un reloj de oro en la bolsa.

El gendarme le echó una mirada de reojo al cochero y se levantó, de nuevo, para trepar por la redila y esculcar otra vez al detenido. Y como no encontró nada, le dio a su rostro la expresión inquisitiva con la que el inspector de policía acostumbrada tomar declaración: -¿Es cierto, Carlos, que tú traías un reloj?

-Por supuesto, es verdad -contestó Tomás, riéndose de la extraña mezcla de bondad y severidad en el rostro del policía-. Hace una media hora se lo mostré a su amigo ése.

-No es mi amigo -el policía alzó la cabeza y le gritó al trapero-: Mira, Guillermo, si armas líos, me las vas a pagar. ¡Dame el reloj! Rayos y centellas, guías como el diablo de rápido; así, ni quien pueda entender una palabra.

Guillermo estaba muy acurrucado allí y le daba de latigazos al caballo, que jalaba a galope al tambaleante carro. El gendarme tuvo que asirse a las redilas para no caer. -¡Párate de inmediato, tú! ¿Estás loco? Nos vas a voltear.

El trapero Guillermo siguió dando de latigazos e iba maldiciendo para su santo. -¿Qué? Eso es lo que uno obtiene a cambio de su bondad. El tipo éste se comió mi pan y se bebió mi aguardiente y ahora dice que le robé su reloj. Este condenado a la horca. Y de su parte, señor guardia -en plena marcha, dio toda la vuelta a su cabeza y le gritó las palabras al gendarme, con fuerza, en su cara-, no encuentro del todo agradable que me culpe del robo a mí, que lo he transportado gratis durante una hora y, sobre todo, yo fui el que pescó al hombre y, también, seré el que pida la recompensa de doscientos marcos en la comandancia, para que lo sepa. Y no voy a permitir que me trate como a un ladrón; yo me gano honradamente el pan, mientras otros que están por aquí, sí han visitado la cárcel. Pero yo lo voy a denunciar por haberme calumniado.

El policía transigió. -No, no Guillermo, no se trataba de eso. Deja ya la maldita carrera, que me caigo. Eso del reloj es pura broma, claro. ¿Quién le va a creer a un prisionero? No, no, la recompensa nos la dividimos, por supuesto. Lo agarramos entre los dos.

La carreta traqueteaba ya sobre el pavimento de la ciudad. El trapero frenó satisfecho a su caballo. -Aquí tenemos que ir despacito. Ya estaba harto del eterno borde de la carretera.

Enojado, el gendarme dio al infeliz Tomás otra fuerte patada, luego se volvió a sentar en su lugar. Su expresión era tan torva que la gente se detenía por la calle para observarlo.

Tomás tenía, ahora, suficiente oportunidad de ser purificado por la pena. No tardó mucho, pues tras el carro brincaba un alborotado grupo de niños de la calle, que con sus aduladores gritos hubieran agotado la paciencia del más santo. De vez en cuando, se trepaba alguno de los curiosos chiquillos a la parte trasera de la carreta, para mirar al famoso ladrón a la cara. Cuando el gendarme, con sus gritos amenazadores, y el trapero, con su látigo, intentaron rechazar a los inoportunos, éstos echaron mano del último recurso de los reyes de la calle: piedras y lodo.

Con todo eso, el elegido nadaba en medio de las delicias del embeleso. Creía percibir cómo con cada maldición su alma crecía; cómo cada piedra que lo alcanzaba en su desamparada situación, despertaba en él un nuevo amor por la humanidad.

-¡Santa paciencia -gritó-, pertréchame con tus armas! Sed bienvenidas, penas e ignominia, amigas que me ayudáis a ser único, que dáis alas al alma, para elevar el vuelo desde la tierra -al ser cortado, precipitadamente, este magnífico discurso por un catapultazo que alcanzó la lengua del glorificado, éste giró, se puso bocabajo y dejó que el hostil mundo con sus gentes fuera apagándose en sublime paz. Cada sonido, cada manifestación de sus sentimientos tenía que ser ahogado. Eso significaba el golpe con el que su alma se llenaría, completamente, de sublime sensibilidad.

Rodeado por la boquiabierta multitud, el coche se detuvo frente al ayuntamiento. El gendarme bajó de un salto y le pidió al cochero que cargara al prisionero a la comandancia. Guillermo, el trapero, se levantó lentamente y se dirigió hacia Tomás. Pero, en vez de llevar a cabo el requerimiento del policía, sacó un cuchillo de su bolsa gigante, con circunspección, y se acercó a Tomás apuntándolo.

Eso fue demasiado para el bueno de Mundete. Desmayándose, cerró los ojos. En la confusión que mezclaba sus pensamientos, creyó que su última hora había llegado; así pues, lleno de melancolía, se despidió de todos los elevados planes que habían quedado irrealizados.

-¿Qué te traes con ese cuchillo? -preguntó el gendarme.

-Cortarle los botones del pantalón, luego encárguese de él usted solo. Yo tengo que llevar mi caballo al establo, si no se le hacen úlceras -calmadamente, pasó a cuchillo unos cuantos botones, mientras hacía girar de un lado para otro como si fuera un saco al noble soñador de mundos; le aflojó las cuerdas en los pies y manos y lo alzó de un tirón con estas palabras:- Órale, pa' dentro al aulladero.

Tomás abrió los ojos y estiró beatífico los brazos hacia el cielo, con la sensación de estar vivo. Sin embargo, el deslizamiento de los pantalones le recordó, a tiempo, las bajezas de la tierra. -Así con una mano detengo a la tierra -dijo ya calmado, mientras se esforzaba por bajar sus destrozados miembros de la carreta y sostenía los pantalones-, la otra, sin embargo, te saluda a ti, sol, tú que me amas.

El policía lo agarró por el cuello y lo aventaba hacia delante, en medio de las estrepitosas carcajadas de la multitud. El carro se alejó traqueteando de allí.

Con la mirada iluminada, Mundete iba atravesando el corredor. Detenía ahora con ambas manos la peligrosa pieza de ropa. La conciencia de su triunfo elevó su cabeza a la dignidad real. Para él todo estaba decidido. El destino mismo lo había conducido hasta allí y le había dado el nombre de un ladrón, por lo menos era un nombre dionisíaco, aunque no muy bonito. Él tenía que seguir la señal del destino. -Per aspera ad astra -murmuró, cabalmente resuelto a soportar la máscara que Dios le colgaba a despecho de todas las tentaciones.

.

## GUILLERMO EL TRAPERO Y EL RELOJ DE ÁGATA.

-Buenos días, también –se oyó a su lado. De tal suerte que Mundete giró rápidamente, abrió la boca para contestar el saludo y ¡ay!, el ala del hecho, flotando lentamente, cayó hasta el suelo. Sin embargo, el pobre Tomas observaba asombrado la contrahecha figura de un viejo cochero que, guiando su coche, se colocó frente a él, con el látigo apretado entre las largas piernas, una de las cuales estaba en una posición extrañamente tiesa. En el hueco de las manos protegía la llama de un cerillo, con el que estaba a punto de encender su pipa.

Tomás buscó su pluma con la mirada. Estaba allí, revuelta por el viento de la mañana, en el polvo de la calle y cerca del hirsuto rocín; éste, meneando la gran cabeza, contemplaba con profundidad el símbolo del vuelo supremo. Mundete recogió, melancólicamente, su reliquia. “Apenas encontrada, ya perdida. ¿Qué le dicen ustedes, dioses, a este emblema? ¿Paralizáis ya ahora el ala, antes de que se hubiera desplegado? Bueno, ve hacia allá y aguarda aquello que te conducirá dignamente.”

Iba a dejar volar la pluma, cuando el cochero tendió la mano, la agarró, y luego metió el cañón de la pluma en la pipa para aflojar el tabaco. –Ésta tienes que regalármela, oyes. Puede servirme para limpiar la pipa -el tipo se levantó la bata y hundió su conquista en una gigantesca bolsa de cuero, de la que afloraron un cepillo usado y una escobetita despedazada. Después miró, con sus pequeños y astutos ojos azules, a su oponente.

-Con seguridad, también piensas que el árbol es la “Taberna de la manzana roja”, de donde te echaron hoy en la noche. Pero, si lo que tú necesitas es un trago, conmigo estarás mejor atendido. ¿Quieres venir?

De momento, Mundete estaba muy sorprendido y, a decir verdad, hasta indignado por el tratamiento tan confianzudo; pero, antes de que pudiera revelar su categoría, se le ocurrió que podía estar ante él una voluntad del destino. Decidió tomarla. –Si hay lugar –dijo-, con mucho gusto.

-¡Entonces, nomás súbete! Lugar hay, yo voy a Griesbach a recoger trapos y puedo, además, llevar a alguien; sale todo junto.

Tomás estaba ya con una pierna sobre la rueda. La nueva osadía, sin embargo, alteró su paciencia. -¿Por quién me ha tomado? –preguntó con aire de grandeza.

-Sí, sí, no se haga el interesante. No está ni siquiera limpio. Unos pantalones como éstos estarían mejor atrás en mi saco de trapero que mostrando sus bellas piernas, y la cara que pone; primero debería lavársela, antes de estar aquí remediando amabilidades con groserías y echadas. ¡Y para abajo con la pierna, si no... -Levantó amenazadoramente el látigo.

Advertido con esa energía, el señor Mundete examinó su ser exterior, por primera vez desde su transformación. Realmente, tenía el aspecto de un auténtico vagabundo. Traía su vestimenta de cacería, que en algunos combates se había devastado mucho, a causa del ácido sulfúrico y el petróleo. A mayor abundamiento, los barrotos de Ágata habían rasgado un gran triángulo en su pierna deteriorada. Se veía bastante mal, eso tenía que ser verdad; y aunque su rostro presentaba algunas sombras más claras que sus manos, estaba por supuesto sucio. Se calmó rápidamente, le alargó la mano llena de grasa al pepenador y se rio.

-Tienes razón, hermano –dijo-. Soy un auténtico mugroso y te pertenezco. También estoy cansado, así que llévame contigo; recibirás algo en recompensa por ello –se buscó algo en las bolsas de los pantalones, pero no encontró nada más que el ser y el devenir y su reloj de oro, que como de costumbre traía sin cadena. Esta pobreza total lo asustó y, de repente, sintió la urgente necesidad de ir, tan rápido como fuera posible, al centro de la ciudad, allí con su banquero y amigo sacaría dinero. La carreta del trapero lo tenía que llevar hasta allá. Ésa era una cuestión decidida.

Sacó el reloj y dijo: -¿Ves? Aquí tengo algo, que bien vale por el viaje, ¿no es cierto? En Griesbach lo empeño, y si tú me llevas hasta allá, recibes tu parte.

El trapero hizo un guiño con el ojo derecho y silbó con la lengua entre los dientes. –Pa’ rriba –dijo-, estoy de acuerdo.

Ambos tomaron su lugar, uno junto al otro, y el carruaje se puso en marcha. Desde que hizo su aparición



el reloj, el trapero sentía una notable y creciente amistad hacia su camarada. -Vamos poniéndonos cómodos -dijo. Del fondo de su bolsa de cuero extrajo el prometido aguardiente, además un pedazo de pan y un salchichón, y los compartió fraternalmente con Tomás.

Éste, satisfecho de haber aplacado, al mismo tiempo, su hambre y su anhelo por conocer la visión del mundo de un pepenador, sentado sobre un saco viejo, dejó bambolear las piernas sobre la pértiga y, honradamente, empujó el codo. Se sentía tan contento, como si nunca hubiera conocido otra cosa que esta apacible vida de vagabundo. Pronto se esfumó el salchichón. Sin embargo, antes de introducirse la última mordida de pan en la boca, Tomás se detuvo pensativo.

-¡Cuán poco necesita el hombre! -dijo-, ¡qué feliz es cuando no posee nada! Créeme, amigo: lo peor que le puede ocurrir al hombre es decir que algo le pertenece. Donde el oro penetra por el portón, allí detrás se arrastra la pena y entra por el ojo de la cerradura. Regalar lo que posees, ésa es la más profunda sabiduría de la vida. Por cierto, uno tiene que cubrir su desnudez y darle algo de quehacer al estómago. Con todo, basta con un pantalón raído, y tengo que decir que este pedazo de pan me ha sabido tan bueno como...

-Como un cordero rechoncho -lo interrumpió el cochero-. Pero este aguardiente no está como para despreciarse, ¡tómalo, viejo! -y le pasó la botella al orador.

Tomás no se dejó sacar de su humor festivo; apoyando ambas manos en las rodillas -en una tenía la corteza de pan, en la otra el aguardiente-, estaba allí sentado, contemplando el panorama con seriedad. -En tales momentos -continuó- siento toda la verdad de la enseñanza divina: Bienaventurados los pobres. Sí, cuando considero el sentimiento de felicidad que me atraviesa como una corriente, aquí en medio de estos trapos que la gente arroja, sin cuidado, a la basura; así, agradezco al cielo que me haya traído a esto. Hace un rato, allí en tu espléndida bolsa, la cual me parece ahora la fuente de todo conocimiento humano, vi un cepillo. ¡Qué altero de preocupaciones está contenido apenas en un instrumento tan simple! Existen personas que se pasan la vida como armadores de cepillos o como obreros en cualquier fábrica, pegando cerdas sobre madera, sólo para que se pueda untar grasa en las botas. Yo te pregunto: ¿para eso creó el buen Dios a las gentes, para que día a día no piensen en otra cosa y no sientan otra cosa que cerdas de cepillo? Toma por ejemplo todas las maldiciones que los elegantes señores lanzan contra el cielo, porque el criado no les lustró las botas impecablemente. Piensa en las desavenencias matrimoniales, que desde temprano en la mañana alteran la serena paz de la alegría hogareña, porque la criada no trajo a tiempo el calzado. Observa a las damas en la calle, con qué esmero rodean los charcos para que ninguna mancha alcance sus zapatillas. Con la mitad de ese esfuerzo, dirigido hacia nobles metas, una de esas señoras podría educar a una generación para la que nada sería imposible. Sólo considera qué bagaje se necesita para tener zapatos realmente limpios. El que tiene ese deseo requiere poseer coche y caballos, un cochero le hace falta, y donde hay un cochero también está una cocinera y una recamarera; y así, pronto se da lo más importante de la vida a los mejores: lo que se debe comer para que la cocinera esté ocupada; cómo acostumbrar a la sirvienta a acomodar distinguidamente las tazas y cómo se puede proteger la fina porcelana de sus manos criminales. La mirada de la madre, que es el alma del niño, vuela a todos los rincones en busca de polvo; el ojo del padre, que debería adelantarse iluminando a los niños, acecha codicioso la oportunidad de conseguir ganancias. ¿Por qué? Porque hay en el mundo cepillos para los zapatos. ¿No resulta mucho mejor traerlos como nosotros, tú y yo, los traemos, nosotros con nuestras botas puercas? El cepillo debe estar en el montón de la basura. Allí apenas está su lugar. Créeme, la mayor desgracia para el hombre es la propiedad -se detuvo y se metió la corteza de pan en la boca.

El trapero se le acercó. -Si te resulta tan malo poseer algo, podrías darme tu reloj.

Tomás giró el rostro hacia él. -No -dijo calmadamente-, lo necesito. ¡Pero no me molestes! Antes, yo no entendía la frase: la propiedad es robo; hasta la encontraba risible. Ahora, sin embargo, la comprendo. Sí señor, es robo, robo de los bienes del prójimo; de las buenas almas de las gentes; de lo verdaderamente divino; de las elevadas empresas para las que todos nacimos. Sí, aún más. La propiedad es robo, eso está claro; lo otro, sin embargo es verdadera y extensamente más importante: a aquel que tiene dinero, se le tiene que quitar. Sólo así se le libera de una carga, de la angustia y de la preocupación; se le hace un hombre de verdad, como Dios lo ha querido. Sí, en este sentido puede decirse: el robo es una obligación de toda persona decente.

De nuevo, el cochero azul se removió en el asiento. -¿De dónde sacaste, por cierto, el reloj? -preguntó.

-¿El reloj? Es mío. Es un regalo de mi hermana. La buena Ágata -Tomás se buscó en la bolsa, sacó el reloj y lo contempló con ternura.

Su nuevo amigo alargó la mano en esa dirección. -¡Enséñamelo! -dijo. Tomás se lo acercó, pero sin soltarlo.

-Bien vale sus trescientos marcos -dijo el hombre de la bata y le dio unos golpecitos con los dedos. Tomás sintió desagradable este contacto. Se embolsó otra vez el reloj, con un movimiento de asco.

-Puede ser -dijo-, pero estoy cansado. Aquí atrás hay lugar para descansar. Despiértame cuando lleguemos a la ciudad -se levantó y se estiró a lo largo en el coche.

Durante largo rato, el cochero miró fijamente hacia el frente. Repentinamente, le dio un golpe al caballo, escupió y se dirigió a su huésped. -Si empeñas ese reloj, ¿qué me vas a dar? -preguntó.

Tomás observó el cielo. Se sentía bien y dijo placenteramente:

-Pues, uno o dos talentos, eso no depende de mí -luego, cerró los ojos y se durmió.

El cochero nuevamente se quedó inmóvil, viendo entre las orejas del caballo, luego escupió otra vez y murmuró: -Si lo hubieras repartido por igual, estaríamos a mano. Pero así... Justicia, sigue tu camino.

*Volver a publicaciones de Georg Groddeck*